

❧ CAPÍTULO UNO ❧

Lady Renée de Winter volvió la espalda a la sala, donde el secretario de su padre contaba las coronas de oro que depositaba en la anhelante palma del forastero. El tintineo melódico de las monedas revolvió el estómago de la joven.

—Por favor, agradeced a mi lord Tamath de Winter su donación —dijo el visitante mientras hacía una reverencia—. Gracias a su generosidad los caminos están bien guardados.

Renée se preguntó durante cuánto tiempo habría ensayado el hombre aquella voz sincera, o cómo toleraría la farsa el secretario de su padre. Más aún, ¿quién se beneficiaba de aquel espectáculo? Llamar «caridad» a la extorsión no iba a engañar a nadie.

La joven se arrodilló sobre el suelo alfombrado y abrió su baúl de viaje. Con suerte, el ladrón visitante vería en su interior el uniforme de la Academia de Tildor. Cuando Renée se graduara, aquellos matones de la Familia se lo pensarían dos veces antes de venir con exigencias a las tierras de los de Winter. O a cualquier otra.

Una doncella se acercó.

—Perdonad, mi señora. —La mujer se entretuvo jugueteando con las faldas hasta que Renée cerró el baúl—. Vuestro padre desea que habléis mañana con los arrendatarios.

La joven cerró los ojos. Su padre sabía que Renée partía aquel día para la Academia, tal y como había hecho al término de cada verano desde los diez años. Renée quería proteger a Tildor, servir a su pueblo y al rey; su padre pretendía que su hija

se quedara en casa y contara cabras. ¡Por todos los dioses! ¡Lo habían discutido —otra vez— aquella misma mañana durante el desayuno!

La sangre le hervía bajo las mejillas mientras recorría con sigilo el amplio pasillo que conducía al estudio de su padre; cerró la puerta con tanta fuerza que algunos libros de cuentas se cayeron de las estanterías.

—Las exigencias de la Familia no dejarán de crecer si se lo seguís consintiendo, mi señor —dijo Renée.

Lord Tamath mojó la pluma en el tintero y continuó escribiendo. La madera oscura de los muebles hacía juego con su estricta túnica de lana.

—Ahora que no hay más que un simple muchacho en el trono —respondió el noble mientras la pluma rasgaba el pergamino—, el peligro para nosotros se duplica. Cuesta menos dar una moneda que perder carromatos. Algo de lo que tú, más que nadie, deberías ser consciente. —Lord Tamath no alzó la vista, y ni siquiera se percató de que sus palabras provocaban el mismo escozor que un aguijón.

Diez años atrás, un accidente amañado por la Familia había destrozado el carromato en el que viajaban la madre y el hermano mayor de Renée para ir a comprar al mercado. Renée habría ido en lugar de Riley si la joven no se hubiera caído de un caballo aquella mañana. La cicatriz que tenía en la palma de la mano la exhortaba a honrar la memoria de su madre y de su hermano; lord Tamath hacía lo contrario dando de comer a sus asesinos.

—Vuelve a revisar las cifras de las cosechas antes de mañana, por favor —añadió él.

Renée tomó aire para que su voz sonara tranquila.

—Mañana, padre, estaré en Atham, en los barracones de la Academia, preparándome para las clases. No creo que esto os sorprenda.

Su padre mojó la pluma de nuevo, como si Renée fuese indigna de que la mirara a los ojos.

—Tu voluntad no me sorprende, no. Esto, sí. —El rizado bigote tembló sobre los labios cuando lord Tamath le tendió a su hija una hoja de pergamino doblada con el lacre de la Academia roto.

La joven se estiró la túnica, salvó los tres pasos que mediaban entre la puerta y el escritorio de su padre e intentó que no pareciera que estaba tratando de coger una serpiente venenosa.

Cadete Renée de Winter:

La Academia de Tildor ha revisado vuestro expediente y ha encontrado que vuestro rendimiento en el ámbito de artes de combate se encuentra en el límite del nivel aceptable. Por tal motivo, la Academia estudiará de cerca vuestro progreso durante el próximo curso y, en caso de considerarlo insuficiente, resultaréis expulsada del programa. Debéis entender la presente como una advertencia formal.

El texto estaba seguido por varias firmas. Renée desvió la mirada; su mundo se estaba tambaleando. Entrenaba todos los días. Todos y cada uno de ellos. ¡Y le quedaba tan poco! Un último año en las aulas de la Academia y dos de pruebas sobre el terreno, y por fin sería sierva de la Corona.

—Entrenaré más, padre —susurró—. Incluso durante las comidas, si es necesario. Me haré más fuerte. Sabéis que lo haré.

Lord Tamath resopló.

—Ni todo el entrenamiento del mundo hace un lobo de una cucaracha. Tienes dieciséis años. Si hubiese habido alguna posibilidad de que te hicieras tan fuerte como para competir con los hombres, ya lo habrías hecho —dijo mientras le arrancaba la carta de la mano y asentía con la cabeza, satisfecho—. Llevo demasiado tiempo alimentado esta fantasía tuya de convertirte en sierva de la Corona. No, no vas a ir a la Academia: te vas a quedar aquí y te vas a dedicar a cualquier ocupación en la que no tengas posibilidad de fracasar. No permitiré que deshonres ni mi nombre ni estas tierras.

Renée tragó saliva.

—La Academia no requiere el permiso de un padre o tutor, mi señor. —De hecho, la Academia era la única institución de Tildor que ignoraba el linaje. Nobles o no, todos los cadetes estudiaban juntos y se graduaban, o no, por mérito propio. El uniforme de siervo no se compraba—. No podéis impedirme que vaya —insistió Renée.

Cuando su padre alzó la vista, el fuego que ardía en sus ojos amenazó con abrasarla por completo.

—Puedo impedirte que vuelvas —replicó.

Lord Tamath se puso en pie, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y le escupió las siguientes palabras con exhalaciones cortas y venenosas:

—Si decides ignorar mis deseos, no esperes ser bienvenida aquí nunca más.

Se volvió a sentar y retomó la escritura como si no acabara de asestar una puñalada a la vida de su hija.

—Vuelve a tus cabales o aprende a vivir con la necedad de tus elecciones. Puedes retirarte.